

La octava esfera



Guillermo Ibáñez

EENR

Ediciones Electrónicas Narrativa de Rosario

Guillermo Ibáñez

Guillermo Ibáñez

“LA OCTAVA ESFERA”

(Tema de Sung o uno y otro uno mismo)

Edición en Internet

La octava esfera

Guillermo Ibáñez

“TEMA DE SUNG o UNO Y OTRO UNO MISMO”

Guillermo Ibáñez

No es cierto que todos los caminos conduzcan a la capital de ese viejo imperio. Algunos llevan al caminante hacia ella, otros, manifiestamente no.

De cualquier manera, es innegable que los senderos conducen realmente a tierras lejanas y extraños países, pero nunca al interior del hombre.

Aquí es donde colisionan las teorías del caminante que sustenta al Tao como “camino”, que si puede ser llamado así, no es el verdadero y la de quien medita.

Los unos irán en busca de sí mismos a lejanos territorios, triunfarán en los recorridos y en las pruebas que les demande su trayecto.

Unos dirán que buscan el santo Grial - como antaño lo hacían algunos -; otros que el vellocino de oro. Algún otro; la tierra prometida y así sucesivamente, cada cual el suyo.

Habrán quienes accederán al nirvana o morirán sentados en la postura de Buda, dentro de un ahsran; alguien creerá que aún vive y seguirá acercándole un cuenco de agua, una escudilla rústica con cucharadas de arroz, que algún perro comerá , haciendo suponer que el santón cavila.

Sung no estaba en ninguna de esas posiciones. Buscaba en sí mismo. Había meditado, transitado y concluido que la búsqueda no era hacia arriba o abajo, sino hacia adentro, ese micro universo que es el hombre, con sus venas galaxias y sus órganos mundos, sus células seres individuales y su ser, el todo que sumado a los de cada individuo, cada animal, árbol, pájaro, río de los mundos, conformaba ese otro universo mayor, incomprensible, inconmensurable .

Tampoco quería convencer a nadie ni se dejaba convencer por ninguno. Sabía sí, que apenas ocupaba un sitio en el espacio y mal podía guiar a otros.

Pensaba que era un visor de lo ínfimo no visto que lleva a cuestras su universo, cuando observaba una pequeñísima hormiga portando una hoja, varias veces más pesada y grande que ella.

Se había desprendido de trabajo, tradición, hogar. Amaba a todos pero a nadie en particular que lo atara. Se sentía mejor, desde que renunciara a ser en su mundo social lo que su familia hubiera deseado, aunque no lo obligaron a nada.

Su padre le había dicho palabras sabias, que meditó largamente y utilizó en la forma que debía,- que se debía a sí mismo-.

Guillermo Ibáñez

Palabras tales como que pensara en el todo . Que cerrara por fuera las puertas de lugares que le oprimieran y muchas cosas sencillas pero profundas que asimiló y aplicó en cada acto de su existencia.

Pero las decisiones de vida, las llevó a cabo a partir de un hecho.

Hizo la vida normal de cualquier niño y de cualquier joven. No había en él signos aparentes que dejaran suponer ningún misterio ni nada en especial más que su habilidad para aprender y aplicar lo que se le enseñaba en la vida cotidiana. Trabajó varios años. Su disposición agradó; su talento fue valorado.... Accedió a una posición holgada, era respetado y estimada su palabra.

Sung era consciente de todo eso, pero aún pensaba en lo mismo. No cejaba en sus intentos de comprender el mundo, los rumbos y su mismo ser como un mundo completo, alimentando siempre la idea de adentrarse en su cuerpo y en su mente, aunque sólo fuera para ver más o mejor su interioridad.

Verse y sentirse las vísceras, deambular por los hipocampos de su cerebro, abrir las compuertas de su memoria, verse sin los ropajes de la realidad cotidiana, en aras de otra realidad.

Así continuaba, mientras sus pasos hacían los caminos diarios, esperando pisar uno especial alguna vez, esperando encontrar un signo que se iluminara para sus ojos, una señal que le dijera:

-“Detente en esta piedra –“ ; -“ mira hacia tal estrella –“; o, -“ soy el árbol que conduce al cielo –“; “- bebe de ese manantial y conocerás lo que buscas-.

Pero eso no ocurría y el tiempo pasaba, los años pasaban y lo cotidiano le molestaba.

Miraba el mar desde la orilla y sentía como si desde la otra orilla no visible, sus costas vinieran a invitarlo.

También pensó en apurar los procesos, no esperar, ir en su busca, morir para ver del otro lado de la vida.

Pero un día, - como dicen los viejos cuentos -, caminado por un sendero que no sabía si era de sueños o en realidad, al llegar a un lugar encontró dos bifurcaciones y como ingreso de una de ellas, un espejo.

Se miró en el reflejo y se vio translúcido, como desvestido de ropaje y hasta de piel. Vio sus órganos interiores, esas galaxias de venas, músculos tensados en el esquema óseo. Se encontró tan parecido a los batracios estudiados otrora.

Por ese camino optó y cruzó el espejo.

Guillermo Ibáñez

Al iniciar los pasos, desposeído ya de todo, vio de lejos que él mismo, con los atuendos que tuviera antes de esa puerta, caminaba por la otra bifurcación.

Guillermo Ibáñez

WEN LI

La octava esfera

Guillermo Ibáñez

Escuchó ruidos dentro de su casa. Se acercó sigilosamente y atisbó por entre dos maderas que apenas separadas, dejaban un intersticio por el que se filtraba un pequeño haz de luz.

El jardín estaba quieto y algunas flores habían cerrado sus corolas. La noche reflejaba las estrellas sobre el lago. Seguramente, hormigas que le eran invisibles desarrollaban su tarea milenaria. Algún grillo tocaba los sonoros violines con música de naturaleza.

Wen Li había estado sentado en su sillón predilecto, pintado por él mismo y cuidado por generaciones.

Había seguido detenidamente, cómo el día caminaba hasta las alturas de la noche. La luna, que había aparecido como un sol detrás de lejanos horizontes, fue retomando en la altitud su color frío y plateado. Cómo esa cálida y rojiza esfera, se fue helando sobre su cabeza, mientras pensamientos y meditaciones hicieron que perdiera la noción del tiempo.

Se acercó hasta apoyar ceja y pómulo derecho contra la pared, mientras cerraba el ojo izquierdo.

El recelo por las posibilidades de ser asaltado y más todavía, las consecuencias de hacerle sentir a un hombre que es descubierto en su latrocinio y reconocerlo, le impidieron identificarlo. Se le secaban los labios y producía en la boca ese amargor de la adrenalina que fabrica el miedo.

La circunstancia y la oscuridad de la noche, las sombras y la inseguridad por estar solo; todo se trocó en un instante, en sorpresa y estupor.

Detrás de las paredes de la casa y por esa rendija pequeña como una cerradura, vio la figura de sí mismo hurgando por los rincones. Se separó de la pared y frunció el ceño, mirando a su alrededor hasta fijar su mirada sin visión, en los reflejos del rocío sobre el césped.

Apretó los ojos, pasó sus manos sobre ellos y sobre su cara, deformándose el labio inferior. No se dio cuenta si temblaba, pero un escozor le recorrió el cuerpo. Su piel estaba erizada.

Al momento percibió nuevamente los ruidos naturales de la noche y el apenas variable paisaje de las aguas. Respiró hondamente y volvió a su sillón.

Tardó en sentarse, con sus manos palpando en los apoyabrazos, doblando muy lentamente los codos. Giró la cabeza y ratificó su soledad en la vasta superficie de su estancia.

Después de tener supuestamente aclarada la confusión que lo obnubilara, se puso nuevamente de pie y decidió ver lo que pasaba, sin

Guillermo Ibáñez

saber si lo guiaba una intuición o una búsqueda. Tal vez, hablar con ese Wen Li que no era él.

Abrió la puerta. Se vio a sí mismo, de espaldas pero inconfundible. Con las mismas ropas que él llevaba puestas. Con el mismo calzado. Todo exactamente igual.

Al instante, el otro se volvió e hizo lo propio. Se miraron fijamente, reconociendo que no podían existir dos imágenes de uno mismo.

Se acercó al otro tratando de palpar su tangibilidad. El otro retrocedió. Dio nuevos pasos y estuvo contra una pared.

Wen Li avanzó a su vez y cuando logró apenas tocarlo, su sosías desapareció en un parpadeo, sin dejar huella alguna, apenas un olor indescifrable.

Salió nuevamente y se sentó en el sillón blanco.

Guillermo Ibáñez

KHOAN

La octava esfera

Guillermo Ibáñez

Sung tuvo una extraña sensación al transponer la primera puerta. Ahí, aún lejos de la casa, presintió que algo no común ocurría o iba a ocurrir.

Al aproximarse sigilosamente a la entrada, extrajo de su fuero más íntimo, las fibras de valor que hacen falta para enfrentar el miedo.

A poco de apoyar su mano en el tallado picaporte para suavemente abrir la última puerta, escuchó ruidos de pasos que se alejaban con un eco sordo, perdiéndose en el silencio de la noche.

Entró y revisó los lugares en los que permanecían intactos los objetos de “valor”.

Todo estaba en orden: las estatuillas de oro, las vitrinas colmadas de vasos antiguos con incrustaciones de piedras preciosas, libros y vajillas finísimas de la más sofisticada porcelana.

A pesar de encontrar todo perfectamente en su sitio, colecciones de mariposas y flores disecadas, marfiles traídos de los más recónditos lugares del mundo, notó un vacío en el ambiente.

Por más miradas minuciosas y sondeos, no supo qué sentía. Era como un desprendimiento. Algo que se arrancaba a sí mismo del sitio donde habitaba.

Entrada la noche, decidió acostarse. Su cama junto a una ventana le permitía ver un buen espacio de cielo estrellado antes de entrar al sueño.

Una sombra se deslizó en la casa en el momento exacto en que Sung se durmió.

Hurgó por todas partes, deteniéndose en cada rincón, en la más absoluta oscuridad, sin tropezar, conociendo la ubicación de cada vitrina, de cada objeto.

Se miró en la negritud de los muchos espejos que había en todas las habitaciones y no logró verse más que el brillo de los ojos.

En medio del silencio instalado en la casa, un suceso conmovió el interior de su habitante.

Un suceso no corriente, maravilloso, único en el tiempo de nuestro personaje.

Guillermo Ibáñez

TEMA DE WU TI LIN

La octava esfera

Guillermo Ibáñez

Wu ti se encontraba en medio del jardín.

Era de noche. Noche estrellada y serena. Cerca, el lago por el que durante el día se deslizan los cisnes y en el que viven en armonía peces de todos los colores y tamaños con los cuales, las algas del fondo se pintan a su paso y mantienen su sabio equilibrio de supervivencia desde mucho tiempo atrás.

Sobre la mesa estaba la copa con mao – tai(*), traído de Sichuan.

El lugar donde estaba, es decir, en medio del paisaje, como parte del panorama que alguien pudiera ver, caminando entre los árboles y las flores que durante la noche se cierran o tiñen su colorido a neutro, o apenas en un brillo de luna reflejado, era parte importante de su vida.

La extensión temporal de esa noche en especial, guardaba algún misterio que el personaje humano no alcanzaba siquiera a vislumbrar.

Se eternizaban los instantes. Rememoraba largas canciones que murmuraba para sus adentros, que sólo él escuchaba, alternando con la atención a los ruidos del silencio de la noche. Los pájaros ya ausentes, guarecidos en sus nidos. Sin otros pasos que sus pasos descalzos.

De tanto en tanto le rondaba alguna idea que rumiaba hasta encontrarle una solución y recién entonces, alegremente, volvía a canturrear con los labios y los dientes apretados, canciones viejas que sabía desde niño, cuando las aprendiera de su abuelo y de su padre mientras cuidaban esos jardines.

Con sus pasos y su mirada, recorrió todo el borde del estanque lentamente, muy lentamente, puesto que no tenía que llegar a ningún sitio; estaba en su sitio, el paisaje era parte de él.

A pesar de todo, mirando hacia arriba sus amadas constelaciones con las que conversara tantas veces, no las veía modificarse y el tiempo, en tanto medida del espacio, parecía ir deteniéndose más cada vez, llegando a la quietud.

Se sentó en el sillón de alto respaldo y allí quedó, contemplando la cercanía y lo lejano, escuchando el rumor del viento entre las hojas de los árboles, dejando pasar el tiempo o pensando que dejaba pasar el tiempo, como si no fuera autónomo, como si del ser dependiera; pero consciente que cada hombre asigna un valor a la meditación y al tiempo que a ella se dedica. Viendo en la hierba el reflejo de esos insectos que pueden inspeccionar la oscuridad porque llevan la luz en ellos mismos. Cavilando el simbolismo de las luciérnagas, únicas criaturas con la luz propia.

Guillermo Ibáñez

En esos momentos, mientras escrutaba esa sutil materia de la noche que deposita como un manto de neblina sus largas horas entre el vidente y lo visto; una sucesión de imágenes se interpusieron ante sus ojos interiores y vio en sus adentros, apareciendo desde la niñez hasta el presente, una sucesión de recuerdos que empezaban en la infancia. Recordó el puente sobre el río Min(*) que parece haber estado desde siempre.

Cuando arribó al presente, supuso que ya era momento de ir a la casa. Se irguió, decidió que el sillón debía quedar en el mismo sitio, entró y no pudo escuchar ningún *tic tac* de los muchos relojes diseminados en las distintas habitaciones, que había sincronizado de tal modo que siempre le había parecido una sinfonía que marcaba el devenir.

Todos los relojes estaban detenidos. Buscó un espejo y no pudo verse reflejado.

(*)Mao-tai: licor de arroz

(*)Río Min, en la provincia de Sichuan, construido con bambú que tiene mil años de antigüedad.

Guillermo Ibáñez

TEMA DE WEN LI

La octava esfera

Guillermo Ibáñez

Wen Li y Han iban caminando por un largo sendero que ninguno en verdad sabía a dónde conducía.

Hablaban del poeta ahogado y de sus difíciles metáforas. Conjeturaban que muchas veces más en la historia de la lírica, poetas y grandes poetas, los más de ellos lectores que escritores, escribirían alguna vez sobre el hombre que se soñó mariposa.

Pensaban también que como en todos, o al menos en muchos inmensos ciclos de la vida de la humanidad, algún bárbaro pretendería destruir la cultura de su país o de otros países más allá de los mares, intentando en su torpeza, que su nombre fuera registrado, si no por actos grandiosos o benévolos, por desastres, destrucciones o masacres.

Con lentos pasos, pausadas sentencias y largos silencios entre la palabra de uno y otro, deambulaban el camino sin pensar en el transcurrir del tiempo.

Al cabo de uno de esos intermedios, tras un hondo silencio, Han advirtió que Wen Li se desdoblaba en dos hombres iguales que empezaban a reprocharse entre ellos algo inentendible.

De un tono moderado y reflexivo, pasaron a una discusión en voz alta. Ni aún así, Han comprendió de qué se trataba ni el por qué de la misma.

Al cabo de otro espacio de tiempo, los Wen Li, se separaron y alejaron.

Han quedó solo, parado mirando hacia donde se fueran y desaparecieran los otros.

Perplejo se adentró en sí, buscando explicación, ya que no pensó siquiera en una razón.

Esbozó hipótesis que al instante descartó por descabelladas o imposibles.

Se frotó los ojos, se palmeó las mejillas cada vez con más fuerza, hasta comprobar que realmente estaba despierto y que lo que había visto y vivido no era soñado.

Rememoró el momento de la charla en la que se produjo el desdoblamiento y cómo su persona, su presencia, desaparecieron para “los” otros que comenzaron la discusión como si él no estuviera presente, como si estuviera o estuvieran en otro plano o estadio, ignorándole. Cómo se fueron sin un gesto, sin una despedida.

Han volvía por el camino sin comprender, desconcertado por lo que había acontecido, observando de tanto en tanto hacia atrás, cuando al cabo de un momento, al girar su mirada, vio que una sombra caminaba a su lado, sólo una sombra, que no era la suya.

Guillermo Ibáñez

EL SUEÑO DE LA CASA DE SUNG

La octava esfera

Guillermo Ibáñez

Sung nació y creció en la casa de sus padres.

Su abuelo le relataba la historia de China, el Reino Celestial. La construcción de la muralla, la destrucción de los libros que borraron la antigua historia por miles de años y sometieron al pueblo por otros miles de años. Que Qin Shi Huang, quien había sido el primer emperador de la dinastía Gin, ordenó quemar todas las obras filosóficas del confucianismo, pero que copias de esos libros prohibidos fueron enterradas, se salvaron del fuego y fueron encontradas durante la dinastía Han.

Entre los relatos, el que más le gustó siempre fue el del sueño de la casa que recurrentemente le pedía y su abuelo, graciosamente repetía una y otra vez.

El creció y su abuelo murió apacible, como había vivido sus últimos tiempos.

Los durazneros no florecieron aquella estación, el arrozal rindió menos y tuvo que reemplazarlo en muchas tareas.

Pasaron años y cada tanto soñaba con la casa donde vivía y en los sueños, el abuelo todavía le contaba el sueño de la casa que tanto le gustaba. Se llamaba “El espíritu de la casa”

También murieron sus padres y decidió emigrar en busca de su propio destino, acosado por la soledad y por esa amargura que sintió: la memoria de los tiempos idos de su niñez, cuando el anciano lo subía a sus rodillas, le hablaba dulcemente hasta que se quedaba dormido.

Tiempos en los que la existencia de su padre y de su madre era algo tan natural, que no los valoraba, porque ahí estaban, cubriendo los espacios de la distancia. A lo lejos, trabajando en los sembradíos o dentro de la casa, yendo de un lado a otro, acariciándole la cabeza al pasar o vistiéndolo.

Emigrar representaba un desprendimiento, pero también un nuevo paisaje, otra gente que lo hiciera olvidar sus tristes recuerdos.

Y así fue, logró relegar ese pasado a lo más recóndito de su memoria. Sus ojos estaban -como su mente-, ávidos, sólo mirando lo porvenir, lo por ver, lo que tenía que hacer.

Se instaló en un sitio lejano donde conoció a Mai Ling, quien iba a ser su mujer. Hizo su nueva casa, tuvo hijos, transcurrió el tiempo y fue alternadamente feliz o no, pasando, con el correr de los años, a cuidar a

Guillermo Ibáñez

los hijos de sus hijos y durante todo ese lapso siguió soñando y contándole a sus nietos el que había sido su sueño preferido, que se convirtió también en el preferido de ellos.

La casa donde Sung viviera de niño y adulto hasta que se fuera, permaneció inalterable en su memoria, con sus paredes, puertas, rincones y escondrijos de infancia.

Los años fueron aplacándole, dejó de trabajar y sus nietos lo reemplazaron en las tareas. Murió su mujer y nuevamente la soledad lo persiguió en las noches que rememoraba lo pasado y soñaba con aquella casa.

Ese sueño se empezó a repetir y ampliar cada vez, progresivamente.

Cada dormirse era rememorarla o soñarla. Escenas de tantos años atrás, los sentimientos de alegría de la mano de su abuelo al mirar florecer los ciruelos aquella tarde soleada de lo remoto, los cuencos de té con pan y dulces que compartieron junto al fuego. El quedarse dormido en el regazo de su madre mientras el abuelo le contaba una vez más el cuento de la casa que soñaba.

Así, cada vez con más frecuencia y acrecentándose, ampliando los detalles, presintió lo que habría de ocurrir de un día para el otro.

Una noche, apenas se durmió., advirtió que la casa con la que soñaba, se iba avejentando en forma acelerada. Se le caían las partes, se derrumbaban las paredes, se oxidaba, se pudría, hasta verla en ruinas.

En el mismo sueño supo que ya no volvería a soñar.

Guillermo Ibáñez

EL CAMINO

La octava esfera

Guillermo Ibáñez

Wen Li debía cruzar el río Chen, introducirse en la Caverna de los Animales y buscar la salida, conducente hasta el claustro donde alguien le daría la llave de la cerradura y le mostraría el fruto de los dos árboles.

Sus padres lo habían preparado desde niño y había leído ya los Seis Libros Sagrados del Shu Jin, que databan de la época del emperador Yu.

(*)

Los siete primeros años habían transcurrido a la orilla del Sui, cuyo curso su padre le había recomendado contemplar una y otra vez:

-Wen Li, hijo mío, mira cuando salgo con la barca a pescar por las mañanas y quédate un rato mirando el agua. El río al pasar, te irá contando la historia del mundo -.

Por las noches, el pescador relataba a su hijo, cuentos y leyendas del Celeste Imperio, de cómo el Río Rong divide el mar de las Canciones. Le había enseñado que para espantar a los espíritus malignos se pintara las manos con tintas de color. Le contaba repetidas veces la historia del poeta Bai – Jy - Ji, del siglo VIII quien decía que un caballero debía ser como un bambú: firme como sus raíces, sincero y abierto como el interior de su tallo e íntegro como sus nudos. Le explicaba por qué cada primavera se celebraba el Día de las Cien Bodas.

Cuando Wen Lí le preguntaba por qué él no comía flores y su hermana Tao Hua, sí lo hacía, su padre contestaba que las niñas lo hacían para dulcificar su voz, pero que él tendría que tener la gravedad del trueno en la suya.

Los sueños se fueron poblando de imágenes que luego al despertar eran motivo de pensamiento, durante ese tiempo en el que miraba salir la barca y mientras esperaba su regreso, al fin de la tarde.

-Wen Li, todo el día es hermoso, pero el atardecer es el más bello. En casi todo el mundo, los hombres pasan del día a la noche sin percibir que el sol ha descrito todo su recorrido y se oculta para que vayamos a hacer nuestro descanso. Pero hay hombres que miran el ocaso. Por eso, el atardecer es el mejor momento, cada uno le da el tiempo que quiere.

Durante el resto de sus jornadas de niñez, cuidaba morales, lirios, ciruelos y escuchaba de su madre cuentos y leyendas.

Después de esos primeros años, su maestro lo fue guiando en los tres ciclos.

Guillermo Ibáñez

El primero comenzó con una cita de Li Po que aprendió rápidamente de memoria: "Sólo la poesía no puede ser atacada por la muerte".

Comenzó el "Ciclo de las Rimas, la Armonía y las Leyendas", muchas de las cuales traía conocidas de su casa y pasó al segundo, el "Ciclo de la Mitología, la Ópera, la Cortesía y la Vida cotidiana", hasta que llegó al de los "Sentimientos, Improvisación y Pedagogía".

Pero esos años habían transcurrido y debía atravesar aquel río.

Cuando llegó a sus orillas, el sol desaparecía en el Chen. Se detuvo y quedó contemplando la corriente. Escuchaba el cantar de los últimos pájaros volviendo a sus nidos, que le recordaban a los sonidos de los lushen - son (*)y de las pipas(*).

Miraba sereno la corriente del río y de ese día feliz que se iba, como ella, hacia la noche.

Las estrellas comenzaban a brillar y la luna venía hacia él.

Rememoró, con la vista en ningún sitio, los rostros de su padre, su madre y su maestro. Sus amigos. Lo que había visto y amado. Las caricias prodigadas y recibidas.

El rumor del agua lo retrotraía a la música del río de su niñez.

Abrió la canasta. Sacó pescado, arroz y frutas y comió.

El perfume de los lis le abrió la memoria del perfume de los durazneros.

Decidió dormir en esa orilla y cruzar el río al amanecer del día siguiente.

Le habían anticipado que las pruebas podrían resultarle difíciles e insalvables quizás. Pero Wen Li se había preparado mucho tiempo.

Apenas amaneció, dejó sus petates de viaje y cruzó el Chen. En la otra orilla se divisaba apenas una entrada oscura enclavada en la rocosidad.

Llegó al acceso de la gruta después de luchar contra la corriente y sin dudar un solo instante, entró.

Sabía que debía enfrentar tal vez monstruos terribles y que no debía equivocarse al optar por un camino u otro. Sabía que su templado espíritu pasaría tentaciones decisivas. Creía saber todo lo debido para acceder a la otra orilla.

Caminó a tientas por largos y negros corredores donde ora pisaba agua, ora guijarros o arena. La luz de la entrada se fue convirtiendo en un lejano punto blanco que desaparecía a sus espaldas.

Temía y superaba el miedo. Pero ningún monstruo aparecía. Deambuló horas interminables en casi absoluto silencio, sólo interrumpido por el deslizarse del agua a su paso o por el golpe de una piedra contra otra. El cansancio lo vencía y para no desfallecer se repetía

Guillermo Ibáñez

constantemente palabras de su maestro: -Wen Li, debes permanecer despierto -“ y la palabra *despierto*, resonaba en sus oídos como un mandato irrenunciable.

Caminó y se detuvo...una pequeña claridad y un tenue calor le hicieron ver que provenían de un lugar no muy distante. Al llegar encontró dos senderos. El uno, continuaba el oscuro túnel. Por el otro, en cambio, se veía un sitio amplio que se agrandaba más cada vez, profusamente iluminado.

Optó por éste un trecho. A lo lejos le pareció ver un lago rodeado de hermosas mujeres, ricas fuentes colmadas de sabrosísimos manjares, perfumes atrayentes y creyó escuchar una melodía celestial que parecía convocarlo. Se detuvo. Pensó en otras palabras que debía recordar y decidió que ése no era su camino.

Volvió al punto de bifurcación y tomó el oscuro corredor. El cansancio pesaba, pero la satisfacción de mantenerse despierto y de la opción elegida, lo mantenía de pie.

De todos modos, su cuerpo se inclinaba a uno y otro lado. Lo vencía el sueño... El tiempo de recorrido era inmedible. Horas, días, semanas...¿cuánto?, se preguntaba.

Siguió tenazmente durante mucho más, hasta que se derrumbó.

Al caer, retomó conciencia de lo que estaba haciendo. Se puso de pie y continuó.

Las piernas le dolían. Le pesaban los hombros y la cabeza. El pasadizo era oscuro y silente.

Muy a lo lejos le pareció ver un punto de luz. Creyendo en una salida y que se cumpliría una etapa de su viaje, se encaminó con las menguadas fuerzas que aún lo asistían hacia ese punto de luz.

Al cabo de un tiempo tampoco mensurable, se dio cuenta que esa luz no se acercaba con el transitar. Permanecía lejana, como si estuviera detenida o como si caminara con él hacia ese Norte, tal como ocurre con esa estrella que uno mira y que se corre en el cielo para demostrar su inalcanzable distancia.

Wen Li terminó por desplomarse. Su mente no podía soportar tanto tiempo aunque hubiera sido ella la que lo condujera hasta tan lejos. No había comido en días y había bebido sólo del agua que pisaba.

La imagen del punto percibida a lo lejos, comenzó a agrandarse. Se le acercó hasta iluminarlo por completo. Creyó que había llegado; pero tras ello, escuchó el rugido tremendo de una bestia feroz que parecía provenir de atrás suyo. Se volvió y allí estaba. Indescriptible y horrorosa, abría sus

Guillermo Ibáñez

fauces. De ellas parecía chorrear sangre color rojo mezclada con una baba verde que le caía sobre la piel, pegajosa y nauseabunda.

En otro tiempo y en el marco de otra cultura, un artista diría que “los sueños de la razón producen monstruos”.

La luz se esfumó y Wen Li empezó a correr creyendo que llevaba atadas a sus pies dos enormes piedras que le impedían huir con la velocidad necesaria. De pronto se detuvo y pensó.

El silencio y la oscuridad eran nuevamente sus inmutables guardianes.

Sus únicos testigos también. No había bestia ni rugido alguno. Respiró jadeante y tranquilizado. Se sentó y sonrió. Sus risas se perdían en el largor del túnel. Rememoró palabras, paisajes, sentimientos. Nuevamente todo estaba en calma.

Se dijo a sí mismo que había superado este imaginario trance y recordó que el maestro le había dicho muchas veces que los hombres temen a los monstruos de su propia imaginación o de su inconsciente, más que a los que en verdad existen. Estaba seguro que otra prueba se encontraba superada.

Siguió caminando y encontró nuevamente dos sendas. La una hacia un lado, la otra hacia delante y se dijo: - hacia delante -, aunque mientras lo hacía, recordó un viejo poema que antaño aprendiera “...recorrer nuevamente todos los caminos, recorrer los caminos de uno mismo...”

Marchó adelante. La salida estaba a no más de diez varas. Se oía el ruido de una fuerte correntada. Cuando llegó al final, se encontró nuevamente con el río Chen.

Miró decepcionado. El recorrido y el camino habían sido inútiles.

Desde la orilla de la que partiera, donde dejara sus ropas, el maestro esperaba.

La luna se reflejaba en el agua y viendo su propio reflejo se agachó, bebió de ella y recordó en ese mismo instante que un antiguo poeta se había ahogado así. Levantó su mirada y el maestro ahora estaba a dos pasos de él. Se escuchó la música de los grandes lusheng - song.(*)

- “Nia Lei, Wen Li -le saludó el anciano - ; superaste las demás pruebas; por qué justo ahora, en la última, piensas en quitarte la vida...?”

Wen Li lo miró con los ojos llenos de lágrimas y respondió:

-Maestro..., aún no estoy preparado... -. Y comenzó el día.

(*) Shu Jin; conocidos como Los Libros de la Historia (2000 años a. J.)

(*) Lusheng-song, instrumento musical.

Guillermo Ibáñez

LA OCTAVA ESFERA

Guillermo Ibáñez

Recién cuando descubrió que el *sí mismo* era el resultado de renunciar a interpretar la Naturaleza, menos aún a modificarla, renunciar a la riqueza y a la pobreza, a ser maestro o discípulo, renunciar a cualquier cualidad social o personal, casta religiosa o lo que fuera, porque en sí poseía la naturaleza de la felicidad y el conocimiento; recién entonces accedió a la interioridad y al óctuplo estado, renunciando a la meditación y al entretenimiento, a la soledad y a la compañía; conjugando la dualidad de su ser, siendo uno con el universo, uno con la realidad única, no sintiendo ya que el ser esté en medio de la desarmonía y la armonía, porque ambas pertenecen a la realidad y también son vistas como partes de una sola cosa.

Uniendo sus dedos pulgares e índices, logró concentrarse en un pétalo de flor.

Al descubrir eso, se le abrió la parte no usada del cerebro.

A partir de ahora sale y entra de su cuerpo. Sube con o sin su corporeidad por sobre su propia superficie.

Ve en cada una de sus células, venas, músculos; en los ríos de su sangre, la representación del todo en su propio microcosmos, remedando *los* que fue y adquiriendo la posibilidad de elegir lo que será, quién será.

Su vida corpórea se irá sutilizando hasta convertirse en pura materia invisible, perdurable tal vez, en otro estadio.

Recordó, como partícula de ese todo, el nacimiento del mundo y la expansión que fue formando el universo. De cómo cada partícula fue creciendo y componiéndose en órbitas alrededor de las más grandes que las atraían y cómo esas fuerzas irradiaron calor y mantuvieron circunvolucionando en su derredor a las partículas negativas potenciadas, que fueron dándose forma a sí mismas a través de los tiempos, prevaleciendo en unas, componentes vitales y quedando otras con materias inertes incapaces de procesar cambios en sus estados químicos, redondeándose por las fuerzas centrífugas y centrípetas, como toda materia que fuera sometida a iguales fuerzas.

Vio con los ojos de un cuerpo sutil y en un lapso de tiempo inmedible no cronológico, de una abarcabilidad que los ignaros llaman infinita, con una velocidad también inexplicable, el paso de la evolución del hombre desde su remotísimo pasado anfibio.

Había alcanzado la in senescencia, la intemporalidad y las condiciones adjudicadas a lo eterno. Sin embargo, volvió a sí. A su huerta.

Guillermo Ibáñez

Tomó con las manos otro almácigo y levantó la mirada pensando en si la condensación haría que lloviera o si debería regar esa parcela, para que sus frutos fueran alimento.

ÍNDICE

“TEMA DE SUNG o UNO Y OTRO UNO MISMO”	3
WEN LI.....	7
KHOAN.....	10
TEMA DE WU TI LIN.....	12
TEMA DE WEN LI.....	15
EL SUEÑO DE LA CASA DE SUNG.....	17
EL CAMINO.....	20
LA OCTAVA ESFERA.....	25